

LA MUJER CANARIA EN LA LITERATURA
DE VIAJES FRANCESA

Cristina González de Uriarte

Universidad de La Laguna

Depuis trois ou quatre cents ans que les habitants de l'Europe inondent les autres parties du monde et publient sans cesse de nouveaux recueils de voyages et de relations, je suis persuadé que nous ne connaissons d'hommes que les seuls Européens.

(J.J. ROUSSEAU, *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*)

A partir de la Edad Media peregrinos, misioneros, mercaderes, corsarios o embajadores, movidos por intereses diferentes, recorren el mundo y recogen por escrito sus experiencias y sus fantasías, dando lugar así a una fecunda literatura de viajes. En efecto, esta modalidad de escritura da cabida a autores de muy diversa procedencia que aportan no sólo una forma de expresión propia, sino también su particular punto de vista de las cosas y de las personas que les rodean: «Plus que d'autres genres littéraires, sans doute, le récit de voyage croise l'Histoire et s'en nourrit, l'écriture du voyage supposant nécessairement une confrontation du rédacteur avec le monde contemporain» (Gomez-Géraud 2000: 8). El libro de viajes desempeña, pues, desde sus inicios, un papel fundamental en la divulgación y representación del mundo conocido y de sus pobladores, actuando como vehículo de transmisión del saber adquirido¹.

Los primeros relatos franceses presentan, aunque de forma somera, los rasgos distintivos de los pueblos extranjeros. Si ya en 1504 el capitán de la marina mercante Gonville pone de relieve sus dotes de observador cuando describe las costumbres, vestido y vivienda de los guaraníes², en la segunda mitad de

¹ Roland le Huenen subraya el carácter didáctico del relato de viajes en «Le récit de voyage: l'entrée en littérature», *Études littéraires*, 1987, p. 49.

² En 1505, en el viaje de regreso, la embarcación fue atacada por piratas y tanto la carga como los diarios de navegación se perdieron. No obstante, el capitán Binot Paulmier de Gonville elaboró una nueva relación del viaje que fue editada por D'Avezac en

esta misma centuria (1578) Jean de Léry publica *Histoire d'un voyage fait en la Terre du Brésil*, obra maestra de la literatura etnográfica (Lévi-Strauss 1955: 90), donde el autor lleva a cabo un análisis serio y riguroso de sus habitantes. Estos ejemplos no constituyen en modo alguno casos aislados, antes bien, el interés cada vez mayor que manifiesta el hombre occidental por descubrir y conocer otras culturas encuentra su razón de ser en una mezcla de curiosidad y de preocupación etnográfica (Gomez-Géraud 2000: 53).

Pero las bases para el estudio del hombre comienzan a tomar cuerpo a finales del siglo XVIII y principios del XIX³. La referencia a la «Société des observateurs de l'homme»⁴, fundada por Louis-François Jauffret en 1799, es aquí inevitable. Constituida por médicos, lingüistas, filósofos, historiadores, naturalistas y viajeros, en el artículo primero de sus estatutos se declara que su objetivo es el estudio de las cualidades físicas, intelectuales y morales del individuo en todo el mundo y a lo largo de la historia. En 1800 dicha Sociedad publica las *Considérations sur les diverses méthodes à suivre dans l'observation des peuples sauvages* que Joseph-Marie de Gérando elabora un año antes para el capitán Nicolas Baudin⁵ y los científicos que le acompañan a tierras australes en la primera expedición etnográfica francesa, según la expresión de J.P. Faivre (1966: 12)⁶. A partir de este momento el estudio del hombre experimentará un notable desarrollo hasta llegar a convertirse en una ciencia con identidad propia.

París en 1869 con el título *Campagne du navire l'Espoir de Honfleur (1503-1505). Relation authentique du voyage du capitaine de Gonnevillle ès nouvelles terres des Indes*.

³ Sobre esta cuestión, *vid.*, entre otros, DUCHET, M. (1971), *Anthropologie et histoire au siècle des Lumières*, París, François MASPERO; HERVÉ, G. (1909), «Les débuts de l'ethnographie au XVIII^e siècle», *Revue de l'école d'anthropologie*, t. XIX, pp. 345-366, 381-401 y MÉTRAUX, A. (1963), «Les précurseurs de l'ethnologie en France du XVI^e au XVIII^e siècle», *Cahiers d'histoire mondiale*, vol. VII, núm. 3, pp. 721-737.

⁴ J. COPANS y J. JAMIN han reunido las memorias de la Sociedad en *Aux origines de l'anthropologie française*. La segunda edición, de 1994 (París, Jean Michel Place), presenta algunas variantes con respecto a la primera de 1978. Así, se ha suprimido el prefacio de J.P. Faivre, el orden seguido es ahora cronológico y, además, se han incluido dos nuevos textos de Gérando y de Péron.

⁵ El diario manuscrito de Baudin junto con las ilustraciones originales ha sido recientemente publicado con el título *Mon voyage aux Terres Australes. Journal personnel du commandant Baudin*, Jacqueline Bonnemains, Imprimerie Nationale, 2001.

⁶ Otro de los miembros de la expedición, Bory de Saint-Vincent, es autor de uno de los primeros tratados antropológicos: *L'Homme, essai zoologique sur le genre humain. 2^e édition, enrichie d'une carte nouvelle pour l'intelligence de la distribution des espèces d'hommes à la surface du globe terrestre*, París, 1811. El resultado de la expedición fue, desde el punto de vista científico, considerable y ha sido abordado en numerosos estudios. *Vid.*, entre otros, HAMY, E.T. (1891), «L'oeuvre ethnographique de Nicolas-Martin Petit dessinateur à bord du

No obstante, sea cual sea el destino y el objeto de la expedición, el viajero es incapaz de hacer abstracción del mundo conocido, de sus costumbres y prejuicios, que pretende erigir en valores universales, es decir, adopta una actitud marcada por lo que T. Todorov (1989) denomina «etnocentrismo», denunciada en múltiples ocasiones tanto por los lectores como por los propios autores de los viajes. Si P. Hazard (1994: 21), a mediados del siglo que acaba de terminar, afirma: «Souvent, il est vrai, le voyageur qui revenait avec une pensée qu'il croyait originale l'avait déjà dans ses bagages, au moment de son départ», mucho antes, coincidiendo con el momento de expansión de las grandes campañas científicas, Diderot aconseja a sus compatriotas: «Ne soyez point admirateur exclusif de vos usages, si vous craignez de passer pour un causeur impertinent. La plupart de nos Français semblent n'aller au loin que pour y donner mauvaise opinion de nous» (*apud*. J. Goulemot *et al.*, 1995, I: 517).

Si bien las relaciones entre Canarias y Francia se remontan a la Edad Media —con la conquista e incorporación del Archipiélago a la corona de Castilla—, éstas se intensifican a partir del siglo XVIII cuando las Islas son bien conocidas por los navegantes que cruzan el Atlántico y realizan una primera escala para avituallamiento en Santa Cruz de Tenerife⁷, cuyo puerto ofreció durante mucho tiempo las mejores condiciones para el atraque.

Desde los primeros antecedentes de la literatura de viajes sobre Canarias hasta las manifestaciones más recientes, el mundo aborígen, la conquista, los orígenes míticos de estas tierras, el Teide o la vegetación son contenidos recurrentes y, presentados, en muchos casos, de forma similar. La parte dedicada a los habitantes del Archipiélago suele distinguir entre los guanches y los canarios actuales. Mientras que los primeros han sido desde siempre objeto de curiosidad, con el viajero ilustrado el hombre contemporáneo adquiere un mayor relieve.

El propósito de nuestra comunicación⁸ es acercarnos a una parte de esa población, la femenina, a través de un conjunto de relatos de viajeros franceses que llegan a Canarias entre el siglo XVIII y principios del XX, período en el que la afluencia de científicos y navegantes es particularmente intensa. Ateniéndonos al contenido de las relaciones, hemos dividido este estudio en tres epígrafes: la descripción física y moral, los usos y costumbres y, por último, la indumentaria.

Géographe», *L'Anthropologie*, vol. II, pp. 600-622 y «Les Collections anthropologiques et ethnographiques du voyage de découvertes aux terres australes (1801-1804)», *Bulletin de géographie historique et descriptive*, 1906, núm. 1, pp. 24-34.

⁷ Vid. Berta PICO *et al.* (2000), *Viajeros franceses a las Islas Canarias*, La Laguna, Instituto de Estudios Canarios.

⁸ Este trabajo es la continuación de otro que, en colaboración con la profesora C. Curell, presentamos en el IV Curso de Primavera, organizado por el Centro de Estudios de la Mujer de la Universidad de La Laguna y celebrado del 15 al 19 de mayo de 2000.

Por la repercusión de sus estudios destacamos al naturalista Sabin Berthelot y al antropólogo René Verneau. Al primero de ellos, que pasó la mayor parte de su vida en Tenerife, le debemos su profundo análisis de la sociedad isleña de comienzos del siglo XIX, las *Misceláneas*; al segundo, que entre 1876 y 1935 se desplazó a Canarias en varias ocasiones, una completa descripción de cada una de las islas. Por lo que respecta al resto de los textos, la mayoría de ellos es el resultado de las anotaciones tomadas durante las escalas de los viajes de circunnavegación. En este sentido, destacamos la expedición realizada por Baudin a tierras australes (1800-1804), que dio lugar a una numerosa documentación sobre el Archipiélago⁹. En otros casos los testimonios son fruto de un viaje cuyo destino son las Islas Canarias.

Pero antes de abordar el primero de los apartados creemos necesario realizar unas breves puntualizaciones. La primera de ellas hace alusión al contexto insular. El viajero de los siglos XVIII y XIX se encuentra a su llegada con una población fuertemente jerarquizada en la que las diferencias sociales son muy acusadas. A esto hay que añadir los períodos de profunda crisis económica que afectan a un número importante de habitantes y dejan tras de sí una secuela de pobreza y miseria. Por otra parte, al no contar con relaciones escritas por viajeras francesas, la mujer canaria siempre es analizada desde una perspectiva masculina que, indudablemente, condiciona el contenido de los relatos y explica determinados juicios de valor emitidos por los cronistas.

1. DESCRIPCIÓN FÍSICA Y MORAL

A menudo, los viajeros suelen comparar la mujer canaria con la de otras latitudes. En algunos casos, el punto de referencia es la mujer urbana francesa, encarnación de la belleza y de todas las virtudes femeninas. Mientras que para el naturalista Bory de Saint-Vincent la exquisitez de estas últimas es inigualable: «Malheureusement pour les Espagnols, [...] elles n'ont pas encore pris ce tour, ce genre exquis, que possèdent seules, au plus haut point, nos aimables Françaises, et qu'aucune femme de la Terre ne peut leur disputer» (1803: 241), para el diputado Louis Proust y el botánico Charles Joseph Pitard las isleñas pueden rivalizar perfectamente con las elegantes parisinas (p. 123). En otros textos, el referente es la mujer andaluza o la portuguesa. Así, para el marino Cyrille Laplace los rasgos que las canarias comparten con las andaluzas les proporcionan un atractivo casi irresistible (p. 31) excepto cuando, con motivo de las celebraciones importantes, intentan imitar la moda de París; entonces, no sólo no quedan

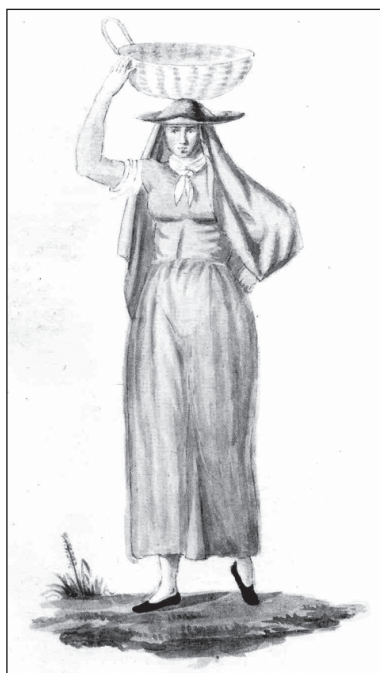
⁹ Para esta ocasión hemos utilizado los testimonios aportados por Bory de Saint-Vincent, Milbert, Péron, Riedlé, Ronsard y Sautier.



◁ Acuarela de N.M. Petit. (Expedición de Baudin a tierras australes). Col. Lesueur, Museo de Historia Natural, El Havre.



△ Acuarela de N.M. Petit. (Expedición de Baudin a tierras australes). Col. Lesueur, Museo de Historia Natural, El Havre.



◁ Acuarela de Milius. (Expedición de Baudin a tierras australes). Col. Lesueur, Museo de Historia Natural, El Havre.

favorecidas, sino que no alcanzan la altura de sus modelos (p. 32). Por su parte, Eugène Bouchet afirma: «À Santa-Cruz, nous avons rencontré un grand nombre de jolies femmes, tandis qu'à Funchall, il faut les chercher» (p. 25).

La belleza de la mujer canaria, de cabello y ojos negros y dientes muy blancos (Milbert: 30), suele provocar la admiración del observador foráneo. No es el caso de Bory de Saint-Vincent, que concluye el epígrafe dedicado a la indumentaria femenina con estas palabras: «Au reste, les Canariennes que j'ai vues ne sont pas très-jolies; je n'en ai pas rencontré une qu'on puisse citer, quoique plusieurs aient de belles dents et de grands yeux; elles sont en général maigres, très-brunes, ont le nez tranchant, et l'air portugais» (1803: 242).

Por su parte, el Dr. Masnou, a su paso por Tenerife con destino a China a finales del siglo XIX, hace una distinción entre las mujeres de la alta sociedad y las del pueblo llano: mientras que las primeras le parecen bastante hermosas y de porte gracioso a pesar del uso excesivo de polvos de arroz, las del pueblo, por el contrario, le resultan bastante feas y sucias (p. 187). Las referencias a las campesinas se centran en el color oscuro de su tez debido a una prolongada exposición al sol (Milbert: 69) o, según afirma el naturalista Labillardière, a la mezcla de la población con los aborígenes (p. 28). Pero, sin lugar a dudas, el testimonio más llamativo es el del marino Antoine Sautier. En su diario manuscrito afirma que las canarias le parecieron excesivamente feas y que si hubiera tenido que casarse y terminar su vida aquí no hubiera vivido mucho (p. 8).

En cuanto al aspecto moral, algunos autores destacan que, ya desde muy jóvenes, las muchachas isleñas son coquetas, presumidas y provocadoras y que es muy difícil resistirse a sus encantos. Mientras que Proust y Pitard consideran que estas características son inofensivas: «La jeune fille canarienne est jolie; elle aime qu'on la flatte; elle adore les parures, les toilettes et les fleurs; mais sa coquetterie ne va jamais jusqu'à la légèreté» (p. 62), Laplace opina que constituyen un peligro para los viajeros: «elles aiment passionnément le plaisir, et si l'on écoute les mauvaises langues (il y en a à Ténériffe comme partout ailleurs) ainsi que les plaintes des malheureux dont elles ont détruit la fortune ou ruiné la santé, peut-être pensera-t-on comme moi, que ce sont des sirènes bien dangereuses pour les voyageurs» (p. 32). Y es que los atributos tradicionalmente asignados a la mujer, esto es, belleza y virtud, no pueden conciliarse, ya que la búsqueda de uno supone irremisiblemente la pérdida del otro (Martín Gaité 1987: 199).

Dentro de este mismo epígrafe no podemos dejar de mencionar las numerosas referencias a las prostitutas. En el transcurso de su historia las Islas han conocido momentos de gran miseria que han abocado a la mendicidad a muchos hombres, mujeres y niños, y a la prostitución a las mujeres pertenecientes a las clases más desfavorecidas. Además, la importante emigración de la población masculina a América provoca una situación de desamparo en la mujer que, cargada de hijos, se queda en ocasiones durante largos períodos de tiempo sin recurso económico alguno. Por otra parte, Santa Cruz, al ser el puerto de tránsito fundamental en la ruta americana, pronto se convierte en un importante foco

de prostitución (Lesson: 12, Bory, 1803: 243, Péron: 17, Milbert: 21-22, Ronsard: 5, Loyer: 41 y Riedlé: 54). Jacques Arago, escritor y viajero que estuvo en Tenerife en octubre de 1817, manifiesta su estupor al encontrarse nada más desembarcar con una treintena de muchachas acompañadas por sus madres que le cogían del brazo y le tiraban de la ropa con gritos, rezos, amenazas y lágrimas con la pretensión de estar a solas con él. Lo más lamentable, sin embargo, era que la mayor de ellas apenas contaba quince años. Arago termina su relación con estas palabras: «C'est la misère et non pas la débauche, c'est le besoin et non pas la cupidité, c'est peut-être aussi l'effet d'un soleil chaud et presque d'aplomb» (p. 34). Pero el lado anecdótico nos lo da a conocer Milbert (p. 23) cuando nos cuenta que estas mujeres son capaces de conciliar su oficio con un fuerte sentimiento religioso, ya que él mismo las ha visto deambular por la ciudad rezando con un rosario en la mano, camino de la iglesia¹⁰. Para paliar este problema surgen diferentes iniciativas tales como la creación de casas de acogida donde las mujeres se dedican a hacer trabajos «útiles» y reciben educación religiosa.

2. VIDA COTIDIANA. USOS Y COSTUMBRES

Desde los inicios del siglo XVIII hasta el siglo XX triunfa la idea de la existencia de una naturaleza femenina específica que la hace inferior al hombre, tanto física como intelectualmente. Según esta concepción, la mujer está dotada de una serie de cualidades morales como son la modestia, el pudor y la vergüenza y su principal función consiste en ocuparse de las actividades domésticas, de su marido y de sus hijos. Aunque, indudablemente, el comportamiento social femenino ha cambiado en el período analizado, no se puede hablar, sin embargo, de modificaciones sustanciales.

Observemos el parecido entre el contenido de este legajo del siglo XVIII de un archivo parroquial, en el que leemos que la esposa debe:

comer en una misma mesa el alimento cotidiano que siempre ha tenido, apuntando y remendando, haciendo la comida y cuidando todo lo demás de la casa [...]. No debe salir de la casa sin licencia expresa de su marido, ni de día ni de noche, sin que le prive que oiga misa los días festivos, ni admita en la casa visitas ni de hombres ni de mujeres, que es el modo con que debe portarse (*apud*. Hernández 1998: 177).

¹⁰ Cierto es que las mujeres españolas tenían una forma de interpretar la religión que sorprendía a los viajeros extranjeros. Sobre esta cuestión, *vid.* BENNASSAR, B. y L. (1998), *Le voyage en Espagne. Anthologie des voyageurs français et francophones du XVI^e au XIX^e siècle*, París, R. Laffont.

y la aseveración de Louis Proust y Charles Joseph Pitard a principios del siglo xx, concretamente en 1908: «Femme mariée, elle devient une épouse parfaite et une excellente mère de famille; elle se consacre exclusivement aux soins du ménage; elle sort rarement de chez elle et n'accompagne son mari que dans les circonstances tout à fait exceptionnelles, telles que fêtes publiques ou soirées familiales» (p. 62).

Por tanto, la actividad de la mujer, especialmente durante los siglos xviii y xix, se circunscribe al ámbito doméstico y su participación en la vida social es totalmente pasiva. En palabras de A. Gioranescu, sus principales preocupaciones parecen ser la ventana, la siesta y el descanso (1977-1979 iv: 184) y es en la primera donde pasan la mayor parte del tiempo. Pero no se trata de un espacio abierto para ver y ser visto libremente. Al contrario, el uso de ventanas y balcones con postigos, cojinetes y celosías, procedente de la tradición musulmana y portuguesa, revela una moralidad basada en la ocultación de la mujer (Hernández 1998: 111). D'Orbigny alude a este hábito de las mujeres de la clase alta en su relación: «Ces dernières se renferment chez elles et n'en sortent que pour aller à la messe. On ne les voit pas aux fenêtres, comme en France; et une sorte de petit guichet (*postigo*), pratiqué aux croisées, leur permet de voir au dehors, sans risquer d'être vues elles-mêmes» (p. 11).

Godot nos refiere en su diario que con motivo del revuelo que provocó su llegada y la de sus compañeros a Santa Cruz de Tenerife en 1701 numerosas mujeres se situaron en las ventanas para verlos pasar. Ellos sentían la misma curiosidad pero no consiguieron ver nada debido al enrejado de las ventanas (p. 29). Cuando ellas quieren dejarse ver, cosa que ocurre con cierta frecuencia, les basta con levantar las celosías (Labillardière: 28 y Ledru: 55-56). Verneau, que conoce bien las Islas por haber permanecido en ellas durante cinco años, relata en el capítulo xi de su relación que cuando alguien sale a la calle enseguida se abren las mirillas de los postigos detrás de las cuales aparecen, inevitablemente, los ojos de una mujer. Esta costumbre de mirar a través de la celosía puede ocupar varias horas, según nos refiere a su vez Bory de Saint-Vincent (1804: 24).

Una práctica, no exclusiva de Canarias sino muy extendida en toda España, que llama igualmente la atención del extranjero, es la de hacer la corte. Proust y Pitard la describen con todo lujo de detalles. Así, a través de ellos sabemos que el joven no puede entrar en casa de la novia hasta pasado un cierto tiempo, de ahí que sea habitual encontrar a cualquier hora del día o de la noche a hombres de diferente edad y condición apoyados en la ventana hablando con la muchacha. Esta regla impuesta puede durar bastante —aluden al caso de un conocido comerciante que hizo la corte durante quince años— y convertirse en un verdadero suplicio si la novia vive en un primer o segundo piso: «Le spectacle de ces amoureux procure toujours une distraction au passant. Le novio est un accessoire de la rue que le promeneur le plus indifférent, ou l'homme le plus occupé, finit par remarquer. L'absence de l'un d'eux produit un vide, l'apparition d'un nouveau, est tout un événement» (p. 61).

Otras alusiones a las ocupaciones cotidianas hacen referencia a la instrucción y al trabajo. Bien es sabido que durante mucho tiempo la educación no ha estado al alcance de toda la población ni ha sido la misma para los dos sexos. Además, el analfabetismo ha sido siempre más elevado en Canarias que en el resto de las regiones españolas. Aunque la creación generalizada de las escuelas públicas no tiene lugar hasta bien entrado el siglo XIX, a lo largo del siglo XVIII se inicia ya la discusión sobre la instrucción de la mujer y surgen una serie de iniciativas destinadas a fomentar la alfabetización de las niñas. En este sentido cabe destacar la labor realizada por las Sociedades Económicas con la creación de varias «escuelas repartidas» por todo el territorio nacional, entre ellas las denominadas escuelas patrióticas ubicadas en los barrios periféricos de las ciudades. En un principio el aprendizaje, incluido el artesanal, se desarrolla en la casa y tiene un carácter eminentemente práctico, esto es, está orientado al buen funcionamiento del hogar y carece de cualquier consideración intelectual (Garrido *et al.* 1997: 385-390).

Pero la mayoría de la población rural femenina vive volcada en el trabajo, bien sea artesanal —Ledru hace referencia al trabajo de unas vecinas de Candelaria, al sur de Tenerife, que elaboran en sus propias casas una cerámica burda y tosca (p. 135)—, bien agrícola. Las numerosas descripciones de la campesina canaria efectuadas por los viajeros suelen mostrar una imagen estereotipada en la que no falta la pesada carga en la cabeza (Milbert: 69, Riedlé: 54, Verneau: 163 y 236, Proust y Pitard: 99). A finales del siglo XIX Cotteau nos ofrece la siguiente estampa:

Les femmes de la campagne, à Ténériffe, portent un petit chapeau de paille, incliné en avant et surmontant le mouchoir de couleur qui leur couvre le cou et les épaules. On les rencontre sur les routes, maintenant en équilibre sur leur tête des paniers de fruits ou de légumes, et toujours pieds nus. Leurs souliers sont dans leur panier et elles ne les chaussent que pour entrer en ville. Jeunes, elles sont généralement jolies et bien faites; l'habitude de porter sur la tête des fardeaux considérables et de gravir ainsi les pentes les plus escarpées leur donne une belle prestance (p. 346).

3. VESTIDO

El vestido es uno de los elementos que más suele llamar la atención del visitante. Como ya dijimos anteriormente, en la sociedad canaria existe una división clara entre los distintos grupos sociales que se aprecia en el estilo de vida y, consecuentemente, en sus manifestaciones externas. La moda es una de ellas y en el caso de las Islas, donde la influencia extranjera penetra con rapidez, el modelo seguido por las damas burguesas es el francés (Labillardière: 28, Verneau: 163, Ronsard y Laplace: 32).

Entre los elementos más destacados por la mayor parte de los viajeros figuran una serie de prendas comunes a todos los estamentos cuya función primor-

dial es cubrir el rostro. Al igual que la celosía, constituyen uno de los indicios de la mentalidad isleña en la que el papel de la mujer consiste en observar sin ser vista ni reconocida. En efecto, este ocultamiento, en casa detrás de la celosía y en la calle detrás de la mantilla o del manto, no es, en definitiva, más que el reflejo de una moralidad basada en la apariencia (Riedlé: 54, Coquet: 19) que dota a la mujer de atractivo y misterio:

Leur tournure voluptueuse, une taille bien prise à laquelle prête un nouveau charme la *saya espagnole* qui trahit en les pressant des formes pleines et arrondies; enfin des jambes fines que terminent de petits pieds renfermés dans des chaussures gracieuses, composent un ensemble que rend encore plus piquant l'usage de la mantille de soie ou de mousseline dont elles s'enveloppent bien moins pour échapper aux regards des passants que pour exciter, en se cachant, leur curiosité (Laplace: 31-32).

Parece ser que la mantilla canaria procede del velo de las mujeres musulmanas de la España peninsular, aunque con algunas diferencias (Pérez Cruz 1996: 104). Así, no siempre es de blondas¹¹ sino que se adorna con cenefas, picos, volantes o borlas y puede confeccionarse con distintas telas, desde finas lanas hasta seda, según el poder adquisitivo de la mujer que la lleva (Berthelot: 35-36). La mantilla puede ser de varios colores —aunque predominan la blanca¹² (D'Orbigny: 10) y la negra, esta última más adecuada para las ceremonias religiosas (Coquet: 28)— y guarnecidas con cintas de colores contrastados en los bordes (Milbert: 29).

La mantilla se puede llevar cerrada sobre la cara dejando una abertura ancha a la altura de los ojos. Las mujeres así ataviadas se denominan *tapadas* y existían también en la Península y en algunos países de Sudamérica¹³. Berthelot, que tiene ocasión de ver a las *tapadas* en la celebración de la festividad de San

¹¹ El viajero belga Jules Leclercq (*Voyage aux Iles Fortunées*, París, Plon, 1898, pp. 33-34) recuerda las palabras del escritor francés Théophile Gautier que, en su *Voyage en Espagne*, afirma que con una mantilla la mujer tiene que ser fea hasta dar miedo para no aparecer hermosa.

¹² Para que la mantilla blanca adquiriera un tono crudo se realizaba el «azufrado», que consistía en poner la pieza en una caja grande y dentro quemar azufre. También se podía azufrarla colocándola sobre dos largas cañas apoyadas en el respaldo de unas sillas, a continuación, en el suelo, bajo la mantilla, se colocaba un brasero encendido y encima una piedra de azufre. Todo ello se tapaba con una sábana o lienzo grande y se «sahumaba» (PÉREZ CRUZ 1996: 113).

¹³ En ese caso la mantilla no se coloca directamente sobre la cabeza sino sobre una pieza de cartón o caperuza aplastada en la parte superior, de tal forma que parece estar sobre una peineta.

Pedro en Güímar, una localidad al sur de Tenerife, dice de ellas que pertenecen a la clase elevada y que se visten así para no ser reconocidas (p. 138).

Dentro de los modelos de *tapadas* existen otras dos prendas, el manto y la saya, que permiten esconder el rostro aún más. Consta de varias faldas ajustadas a la cintura: una cae a los pies y la otra se sube por detrás y se pone sobre la cabeza. De este modo la mujer queda oculta en una especie de estuche negro y sólo puede ver a través de una pequeña abertura. El ojo visible siempre es el izquierdo ya que el manto se cierra con la mano derecha. Aunque la descripción más detallada nos la proporciona Bory en sus *Essais* (p. 242), son muchos los viajeros que describen estas piezas, para ellos desconocidas e insólitas y cuyo uso no alcanzan a comprender por considerarlas poco cómodas y antiestéticas (Milbert: 29, Labillardière: 28).

Las referencias a su utilización están constatadas desde el siglo XVI y el manto se sigue llevando, de manera generalizada en el Archipiélago, hasta mediados del XIX, muchos años después de su desaparición en algunas zonas de la Península. No obstante, según nos cuenta el investigador J.A. Pérez Cruz, no faltan detractores de estas prendas que las tachan de cobertoras de inmundicias, malos deseos y simuladoras de erotismo almacenado (1996: 160).

Además de la mantilla, existen otros pañuelos como el de cabeza, el de hombros o la pañoleta, y llevarlos todos juntos parece que era algo corriente. Encima de todo ello colocan un pequeño sombrero de paja —que les sirve para llevar la carga—, o fieltro negro o gris (Verneau: 139 y 236, Coquet: 14.) que alguno de nuestros viajeros califica de horroroso e, incluso, ridículo (Laplace: 40, Proust y Pitard: 72).

No queremos terminar sin aludir a los dibujos, acuarelas o grabados que en numerosas ocasiones acompañan a las descripciones y que son de una calidad y precisión extraordinarias.

Con estos y otros medios a su alcance el viajero no hace más que interpretar una realidad desconocida para él ofreciendo, bien es cierto, una imagen personal y fragmentada de la mujer canaria. Pero esta semblanza es también un testimonio de primera mano de una época y de una situación determinadas, que la convierte en una fuente documental privilegiada para el conocimiento de Canarias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARAGO, Jacques-Étienne-Victor (1839), *Souvenirs d'un aveugle, voyage autour du monde*, Paris, Hortet et Ozanne.
- BERTHELOT, Sabin (1839), *Miscellanées canariennes. Relations de voyage, excursions, chasses, navigations, caravanes, notices, épisodes, descriptions, remarques et observations diverses, en Histoire Naturelle des Îles Canaries*, Paris, Béthune Éditeur.
- BORY DE SAINT-VINCENT, Jean-Baptiste-Geneviève-Marcellin (1803), *Essais sur les îles Fortunées et l'Antique Atlantide ou Précis de l'histoire de l'Archipel des Canaries*, Paris.
- (1804), *Voyage dans les quatre principales îles des mers d'Afrique*, Paris, F. Buisson.
- BOUCHET, Eugène (1893), *À travers le monde. Journal d'un navigateur*, Paris, Victor-Havard éd.
- GIORANESCU, Alejandro (1977-1979), *Historia de Santa Cruz de Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife, Servicio de Publicaciones de la Caja General de Ahorros.
- COPANS, Jean y J. JAMIN (1994), *Aux origines de l'anthropologie française, Les Mémoires de la Société des Observateurs de l'Homme en l'an VIII*. Paris.
- COQUET, Adolphe (1884), *Une excursion aux Îles Canaries*, Paris, Typographie Georges Chamerot.
- COTTEAU, Edmond (1889), «Ascension au pic de Ténériffe (pic de Teyde)», *Le Tour du monde. Nouveau Journal des Voyages*, Paris, Hachette, pp. 345-352.
- D'ORBIGNY, Alcide (1835), *Voyage dans l'Amérique méridionale*, Paris, Chez Pitois-Levrault et C^e.
- FAIVRE, Jean-Paul (1953), *L'expansion française dans le Pacifique de 1800 à 1842*, Paris, Nouvelles éditions latines.
- GARRIDO E. et al. (1997), *Historia de las mujeres en España*, Madrid, Síntesis.
- GODOT, Jean (1704), *Relation exacte de ce qui s'est passé dans le Voyage du prince Âniaba Roy d'Issinie a la Coste d'or en affrique...* Ms.
- GOMEZ-GÉRAUD, Marie-Christine (2000), *Écrire le voyage au XVIII^e en France*, Paris, PUF, Études littéraires.
- GOULEMOT, J.; LIDSKY P. y D. MASSEAU (1995), *Le voyage en France*, Paris, Éditions Robert Laffont.
- HAZARD, Paul (1961), *La crise de la conscience européenne*, Paris, Fayard.

- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel (1998), *Mujer y vida cotidiana en Canarias en el siglo XVIII*, La Laguna, Centro de la Cultura Popular Canaria.
- LABILLARDIÈRE, Jacques-Julien Houtou de (1800), *Relation du voyage à la recherche de La Pérouse*, Paris, H.J. Jansen.
- LAPLACE, Cyrille-Pierre-Théodore (1841), *Campagne de circumnavigation de la frégate l'Artémise, pendant les années 1837, 1838, 1839 et 1840*, Paris, Arthus Bertrand.
- LEDRU, André-Pierre (1810), *Voyage aux Iles Ténériffe, La Trinité, Saint-Thomas, Sainte-Croix et Porto-Ricco, exécuté par ordre du Gouvernement français, depuis le 30 Septembre 1796 jusqu'au 7 Juin 1798*, Paris, Arthus-Bertrand.
- LESSON, René Primavère (1839), *Voyage autour du monde entrepris par ordre du gouvernement sur la corvette La Coquille*, Bruselas, N.J. Gregoir, V. Wouters et C^{ie}.
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1955), *Tristes tropiques*, Paris, Plon.
- LOYER, Godefroy (1723), *Relation du voyage du royaume d'Issiny, Côte d'Or, Païs de Guinée en Afrique*, Paris, Robert-Marc d'Espilly.
- MARTÍN GAITE, Carmen (1987), *Usos amorosos del dieciocho en España*, Barcelona, Anagrama.
- MASNOU (1889), «Santa Cruz et La Laguna (Ténériffe)», *Bulletin de la Société Languedocienne de Géographie*, 12, pp. 185-191.
- MILBERT, Jacques-Gérard (1812), *Voyage pittoresque à l'île de France, au cap de Bonne-Espérance et à l'île de Ténériffe*, Paris, A. Nepveu.
- PÉREZ CRUZ, José Antonio (1996), *La vestimenta tradicional en Gran Canaria*, Las Palmas de Gran Canaria, Fedac.
- PÉRON, François (1807), *Voyage de découvertes aux terres australes exécuté par ordre de Sa Majesté l'Empereur et Roi sur les corvettes Le Géographe, Le Naturaliste et la Goelette La Casuarina pendant les années 1800, 1801, 1802, 1803 et 1804*, Paris, Imprimerie impériale.
- PROUST, L. y J. PITARD (1908), *Les Îles Canaries. Description de l'archipel*, Paris, Librairie des Sciences Naturelles Paul Klincksieck.
- RIEDLÉ, Anselme, *Journal général du voyage des découvertes dans la mer de l'Inde depuis mon départ de Paris...* Ms.
- RONSARD, *Journal*, Ms.
- SAUTIER, Antoine, *Journal de voyage*, Ms.
- TAILLEMITE, Étienne (1999), *Marins français à la découverte du monde. De Jacques Cartier à Dumont d'Urville*, Paris, Fayard.
- TODOROV, Tzvetan (1989), *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*, Paris, Seuil.
- VERNEAU, René (1891), *Cinq années de séjour aux Îles Canaries*, Paris, A. Hennuyer, Imprimeur-Éditeur.